

**LECCION DEL PROFESOR SCIACCA
EN EL COLEGIO UNIVERSITARIO DE SEGOVIA:
"INVERSION DE LA PERSPECTIVA FILOSOFICA
Y SU CONTENIDO"**

Bajo el título «Inversión de la perspectiva filosófica y su contenido» el profesor Sciacca pronunció en el Colegio Universitario de Segovia una magistral lección que, por la precisión de la exposición, resulta difícil, por no decir imposible, dar una auténtica impresión de la misma. Por ello, en esta breve reseña, me limitaré a anotar aquellos aspectos que más llamaron mi atención y que, por consiguiente, serán los que podré recordar con mayor fidelidad.

Hoy —comenzó diciendo el profesor de Génova— se nos anuncia por muchos el positivo aspecto del cambio que se está operando en el mundo de los valores. Sin embargo —y sin entrar a analizar la gravedad que supone el «anuncio»— lo cierto es que lo que se está operando —lo que en gran parte se ha operado ya— es, generalmente, una inversión y, en todo caso, una sustitución.

Así, se pide insistentemente la libertad de pensamiento; pero esta exigencia comporta una responsabilidad: la obligación de pensar. Sin embargo, nadie quiere pensar.

Y nadie quiere pensar porque la Humanidad entera está lanzada en una competición de eficacia operativa que todo lo que significa que pensar resulta superfluo e inútil.

De ahí que la filosofía, que en última instancia no es ni más ni menos que pensar, sea sustituida por la metodología, por la técnica, por la eficiencia o, lo que es lo mismo: el ser por el mero hacer; sin darse cuenta que el método, que no es otra cosa que: camino; vía; calle; como fin y sin contenido es, simplemente, puro vacío.

Pero es que, esta sustitución, y ello en primera instancia, supone

tanto como excluir la verdad de las cosas, para quedarnos sólo con su utilidad, por cuanto la verdad radica en el ser y la utilidad en el hacer.

Este, diríamos, desinterés por el ser, por otra parte, no es algo inconsciente; por el contrario, es algo intencionado que nos será presentado como una conquista, como un bien. ¿Por qué un bien? Sencillamente porque hoy la verdad divide a los hombres, como antes los unía.

Y es lógico que los divida, porque la verdad no es una opinión y, al no ser una opinión, no es susceptible de compromisos y pactos tan vigentes: opiniones, pactos, compromisos..., en este mundo de nuestros días.

Más adelante, el profesor Sciacca, destacará la emprendida revolución «cultural» para librar al hombre de los «tabus» tradicionales que le oprimían, que no le dejaban libertad a sus instintos, haciéndole así infeliz. Pero es que esos «tabus» tradicionales, no son otra cosa que las virtudes. Lo que supone por parte de los «partidarios» cometer el grave error de confundir la libertad con la espontaneidad (libre correr de los instintos), pues sabido es que aquélla comienza cuando ésta termina por el control.

Cabe preguntarse si es un error o es una intencionada sustitución más. Más bien parece esto último; con eficaz resultado, por otra parte, si tenemos en cuenta el notorio desinterés del hombre de nuestros días por la perfección.

Continúa, el profesor, examinando y analizando otros aspectos —de menos interés de los aquí anotados— de este proceso de inversión o sustitución a que estamos asistiendo y al que pretenden conducirnos, para concluir que tal postura es la más antifilosófica, anti-científica y simplista que se pueda dar, pues al establecer las disyuntivas de: la verdad o lo útil; el ser o el hacer; la virtud o la felicidad; Dios o el hombre, la solución que se puede alcanzar es absolutamente infantil.

El niño —que aún no ha alcanzado la facultad de pensar y reflexionar— ante cualquier disyuntiva resuelve la situación eliminando uno de los elementos de su cuestión.

Así, por este sistema, se rompe, se suprime la dialéctica —enten-

dida como relación— que es, precisamente, el quehacer del hombre pensante. Cuando hemos de resolver un problema, por elemental que sea, la solución no consiste en eliminar uno de sus factores. Precisamente la solución se alcanza, la problemática se resuelve, cuando hemos logrado establecer una adecuada relación entre cada uno de los factores integrantes, surgiendo la temática.

Y hasta aquí, aquellos puntos o aspectos de la magistral lección que M. F. Sciacca nos ofreció, en la vieja ciudad castellana y en el contorno de su floreciente Colegio Universitario. Como escribía al principio, no es fácil —en la precisión de la exposición— hacer una reseña de lo oído, sin correr el riesgo de ser impreciso. Para evitarlo he procurado ceñirme —como también decía al principio— a aquellos puntos que con más exactitud he podido recordar; pero aun así dudo haberlo logrado porque he de insistir que el profesor Sciacca unió a la profundidad del filósofo que es, la exactitud matemática, implícita en los que lo son.

BALBINO RUBIO ROBLA.